
Exposición sobre libro de Nelly Richard

Martín Hoppenheim

1 Texto tenso, a ratos aplastante. Quiero detenerme un poco en el lenguaje de Nelly Richard. Para muchos puede resultar alambicado, innecesariamente complejo, poblado de giros y torsiones que hacen difícil su comprensión. Curiosamente, entiendo esta objeción pero a la vez no me resulta nada difícil entender a Nelly Richard. No sé si es necesario que, para tratar el tema que ella trata y ponerse en la perspectiva que ella se coloca, sea indispensable este juego de lenguaje, este rodeo del habla. Pero tratando de pensar un poco en la relación entre la construcción de un discurso y aquél que un discurso quiere denotar, me permito “irme de tesis” a este respecto. Y frente a la pregunta de por qué Nelly Richard escribe como escribe, me planteo las siguientes fundamentaciones.

Tal como el universo de discurso que a ella le interesa poner de relieve tiene que ver con los márgenes y con la diferencia (en el arte, en el discurso vinculado a la diferencia femenino/masculina) *su propio discurso* busca *sintonizar* de alguna manera con el objeto que revela. Si habla de contorsiones, de gestos irreductibles a la linealidad o claridad “dominante” del *Logos* (el *Logos* del sistema, o el *Logos* masculino), su lenguaje también quiere ubicarse en el recurso de la contorsión, la fisura, o la tensión.

Creo adivinar una opción deliberada por no hacer concesiones a esa suerte de *moralina pedagógica* que el mercado cultural impone en Chile: moralina que nos dice que la claridad es más importante que la profundidad, la comunicabilidad mejor que el rigor. En esto es interesante lo que señala Nelly en las primeras páginas del texto, sosteniendo que la transición democrática de algún modo ha canalizado su política cultural con un sesgo de simbolismo complaciente, donde se imponen los criterios de masividad y monumentalidad. La no concesión en el lenguaje analítico también, en el texto de Nelly, puede a su vez inter-

pretarse como un gesto de resistencia, una forma de ocupar el lugar de la diferencia. O más precisamente, ocupar *un lugar*, o *instalar* un lugar en la diferencia.

2. Mi dificultad, empero, en la lectura del texto, aparece cuando me encuentro con supuestos cuya fundamentación se me escapa. El central, a ese respecto, es la homologación que se produce entre el *Logos* moderno (lógico–científico con aspiraciones universales) y la forma masculinizada del conocimiento. Desconozco el argumento que permite sostener que el logocentrismo es un “modo masculino de producción” de saberes–poderes. Me gustaría, al respecto, conocer el argumento. Sin embargo, esto mismo encuentra un círculo vicioso: si el pensamiento logocentrado, hipotético–deductivo–normativo, viene de la partida marcado por el estigma de la masculinización, la fundamentación de esta hipótesis se inscribiría, una vez más, dentro de esa misma lógica discursiva. De esta manera, Nelly entraría en contradicción con su propio “lugar en la diferencia” si quisiera fundamentar la hipótesis. Sería *entrar a jugar en el terreno logocéntrico–argumentativo*, una forma de volver a quedar atrapada en la correa del látigo del amo.

Esto plantea e ilustra al mismo tiempo una dificultad en la apuesta del texto: ¿En qué terreno se impugna este modo dominante de discurso (masculino, racionalista, imperialista) cuando se escribe un texto que se ubica en el plano de la reflexión teórica —y teorizante—, como es la reflexión del texto? Porque no cabe duda de que Nelly, en este respecto, es sumamente reflexiva: construye una producción teórica a partir de objetos singulares. Aquí es donde el texto encuentra su contradicción, y esto a lo mejor explica la necesidad de Nelly de recurrir a estas continuas torsiones y elipsis del lenguaje para tratar de mantenerse, ella misma, al margen del modo dominante de producción teórica. En esto me parece que, gústele o no, sigue las huellas de Theodor Adorno o de Gilles Deleuze (ambos muy distintos, pero ambos tensados también por esta contradicción que los hace huir del tronco hegemónico del pensar, teniendo que inventar un lenguaje para conservar, a su vez, la legitimidad de un pensar propio).

En esto puedo aplicarle al propio texto de Nelly lo que ella refiere respecto de un posible discurso o teoría feminista: ¿Quiere oponerse a este saber masculino contestándolo frontalmente y en bloque desde otro saber femenino, aparte, o bien subvertir el saber dominando, creando interferencias oblicuas que desprogramen los enunciados en y desde su

propio interior? Da la impresión de que el texto de Nelly, en sí mismo, se sitúa en la segunda de estas alternativas: no renuncia a la teorización, sino más bien desde una teorización exacerbada trata de revertir las propias herramientas del *logos*, haciéndolo "indigerible" en la matriz de la claridad logocéntrica. La oscuridad, o elipsis del lenguaje, sería así una forma de sabotaje.

Sin embargo, es inevitable, por lo menos para un sujeto masculino como es mi caso, percibir un cierto aire paranoico en esta empresa. Pareciera, tanto en el texto (su lenguaje o su metalenguaje), como en los fenómenos que el texto toma como material de reflexión, que se da la compulsión por escapar a la máquina moledora del discurso masculinizado. Hacer, pero borrar la huella de ese hacer antes que quedar estigmatizado por el ojo totalizador del discurso masculinizado (borrar que puede darse vía hermetismo, vía redundancia, vía juego de espejos llevado al terreno de la teoría). Frente a este poder, hay que hacerse oír pero nunca hacerse digerir, abrir el flanco de la diferencia pero no lo suficiente como para quedar atrapado por un discurso identificatorio, evitar por cualquier modo constituirse en un "par", porque siempre se quiere ser un otro. El discurso se toma por asalto, a modo de operaciones relámpago. Dice Nelly que una primera respuesta del feminismo radical ha sido precisamente no aceptar la condición de hablarse interceptadas por los mecanismos racionalizantes-racionalizadores de la dominación masculina (rechazando totalizaciones filosóficas, pensamiento sistematizador, etcétera). Sin embargo el propio texto de Nelly se ubica fuera de esta posición, porque teoriza: no sale al rescate, como dice ella en relación con ese feminismo radical, de formas expresivas "femeninas", más afectivas, más intuitivas, más estetizantes, más confesionales. Ninguno de estos adjetivos podría aplicarse al texto de Nelly Richard. Y también en esta resistencia, una cierta paranoia: no quiere quedar atrapada en esta relación dicotómica impuesta desde el poder del discurso masculino (razón *vs.* intuición, intelecto *vs.* afecto, etcétera).

¿Es objetable una dosis de paranoia en este sentido, esta suerte de purismo invertido que está tanto en la estructura del texto como en el travesti sobre el cual este mismo texto reflexiona? Podría objetarlo en este momento, pero una vez más, la vuelta de tuerca: ¿Cuán masculinizada sería, desde la partida, esa objeción? ¿Desde dónde vendría aquí el epíteto de paranoia? ¿Quién, sino el sujeto puesto en el lugar del amo (pensemos en la dialéctica del amo y del esclavo), podría tildar de para-

noico un discurso que no se deja sedimentar, que escapa a la lógica instituida de la producción material o simbólica del orden?

3. Quiero, en este momento, reaccionar desde el lado de lo masculino (suponiendo que existe ese lado como un universo de discurso, como un cuerpo estable, como un punto determinable en el espacio). ¿En qué medida debo estar, por ejemplo, dispuesto a tomar por cierta la afirmación de que la “pulsión heterogénea” que la escritura de la diferencia (vanguardia, marginalidad, neovanguardia) desata, constituye una transgresión más femenina que masculina, una violación desde la mujer a la ley del padre? ¿Por qué he de aceptar la idea de que la Ley del Padre (literal, simbólica, extensivamente hablando) se agujera y transgrede desde “la parte femenina”? Personalmente me siento en una relación absolutamente conflictiva contra esa Ley (que es Ley del discurso, de los límites instituidos de lo posible, de los límites impuestos entre salud y locura, entre verdad y mentira, entre bien y mal), precisamente porque es mi humanidad en este punto la que se rebela contra esta Ley, porque en tanto hombre me rebelo contra este discurso sobre el deber ser hombre con tales límites y cualidades impuestas por la Ley del Padre. La transgresión de un discurso homológico (en el doble sentido de homo: hombre y homogéneo, masculino y consistente), no es patrimonio de una otredad que tenga que remitirse a lo femenino. La lucha aquí, más que una especificidad de género, tiene una especificidad de biografías singulares. Son hombres singulares y mujeres singulares quienes sienten el impulso, la contradicción, la fisura, la imposibilidad de transitar a placer por el guión que esa Ley le fija.

La misma pregunta me hago respecto a la supuesta feminización de la escritura de la que habla Nelly. Cito:

feminización que se produce cada vez que una poética o que una erótica del signo rebalsan el marco de retención–contención de la significación masculina con sus excedentes rebeldes (cuerpo, libido, goce, heterogeneidad, multiplicidad) para desregular la tesis del discurso mayoritario. Cualquier literatura que se practique como disidencia de identidad respecto del formato reglamentario de la cultura masculino–paterna; cualquier escritura que se haga cómplice de la ritmicidad transgresora de lo femenino–pulsional.

Una vez más me pregunto si tal transgresión es específicamente femenina: siento, por ejemplo, que si yo hago correr mi sangre por mi discurso, si percuto en las palabras como si fuesen tambores africanos o un birimbau bahiano, si hablo desde mi propia masturbación infantil,

indomable y caprichosa, si rompo una botella vacía en medio de mis propias palabras, también transgredo, abro fisuras, me hago indigerible. Y en tanto hombre.

Creo que en este sentido, hay que ampliar el alcance de la diferencia. No por esto me parece menos válida la pregunta que se hace Nelly, y que de alguna manera define el texto: “¿Cuáles son los gestos y movimientos capaces de hacer de la diferencia ‘mujer’ una interferencia crítica que perturba los mecanismos de cultura dominante?”.

4. No quiero dejar pasar lo que, a mi juicio, es el capítulo más brillante, bello y penetrante del libro, a saber, el que trata sobre el travestismo. El travestismo que rebasa el fenómeno singular, para constituirse en una metáfora de la inversión de los signos. Importa destacar esta especificidad del travesti de la periferia, que es triplemente marginal: sexualmente, socialmente y estéticamente. Pero a la vez hace uso de las prendas (de vestir, de mover, de hablar) que son más propias del universo machista del discurso: es la mujer que el macho busca (vistiéndose como una estriptisera o una sexy girl, coqueta, apasionada, sometida al máximo), pero con un pene entre las piernas. Creo que el capítulo expresa las potencialidades metafóricas o metonímicas de la figura del travesti periférico, el uso que la diferencia hace de la identidad para horadarla y producir una suerte de “ironía destructiva”. Casi me gustaría en algún momento hacer, con Nelly Richard, un libro (breve, masculino-femenino) sobre todo lo que implica el travestismo periférico como lugar de síntesis y repulsa de la cultura dominante.

No quiero extenderme más de la cuenta aquí, pero quiero aprovechar la tribuna para un comentario-anécdota. Hace poco un grupo de psicólogos hombres, todos conflictuados en sus relaciones con mujeres (separados, enrollados, confundidos), me invitó a formar un grupo de hombres para constituir, a partir de nuestra propia experiencia, un discurso masculino que pudiera, de alguna manera, permitirnos *elegir* desde dónde confrontar el discurso femenino. Rechacé la invitación porque hasta ahora me las he podido arreglar, al respecto, con las conversaciones que tengo con mis amigos, en los almuerzos del Mulato, respecto de nuestra diferencia específica de género. Pero a lo que voy, y con esto termino, es a lo siguiente: ¿Cómo respondo yo a la mujer que desde ese lenguaje intuitivo, no racionalizable o logolizable, que me reprocha el *no darme cuenta* de lo que ella necesita, *no percibir* lo que ella siente, *no responder* a sus necesidades de mujer? Cada vez más en este

país siento que existen micropoderes femeninos diseminados en la familia, en la pareja, en la amistad. La mujer tiene un poder enorme para desarmar mi discurso, atribuirse un saber de mujer frente al cual yo, en tanto hombre, soy impotente, estúpido o insensible. Este discurso de la diferencia, paradójicamente, nos hace a nosotros, hombres, sujetos raros, distintos, nos estigmatiza como culpables, ciegos, rígidos, inútiles. Y allí somos nosotros, hombres que hemos abjurado de la Ley del Padre pero que la mujer nos excluye de sus propios saberes—poderes diferenciados, los que quedamos, en esta vuelta del péndulo, del lado de la diferencia.